

Un Reloj muy Especial

JOSEP ANTONI FLUIXÀ





Ilustración

Antonio Perera

Coordina la colección

Equipo Dylar

Diseño

Alfonso Méndez Publicidad

Maquetación

Equipo Dylar

Corrección y adaptación

Alejandra Reyes-Retana G.

Impresión

DECERO

ISBN: 978-84-15966-69-2

Depósito legal: CS-458-2016

© Josep Antoni Fluxà

© de la edición en castellano

DYLAR ediciones

www.dylar.es

www.dylar.mx



Este libro está impreso sobre papel reciclable, ecológico, libre de cloro, y contribuye al desarrollo sostenible de los bosques.

Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.

Un Reloj muy Especial

JOSEP ANTONI FLUIXÀ



 DYLAR

Josep Antoni Fluixà



Josep Antoni Fluixà nació en Alcira (Valencia), España en año 1959 y dedica su vida profesional a combinar la enseñanza con el oficio de escritor. Escribió su primer libro de poemas, *Nàufrags sens illa*, en 1987 y después se centró en la narrativa infantil. Ha publicado muchos cuentos, todos en valenciano, pero algunos de ellos traducidos al español: *El pirata naufragado*, *La cabeza mágica* y *La narradora del desierto*. En esta editorial publicó ya su novela infantil *Viaje al país de los cocólitos*.

Además, es autor de libros de textos y redactor de entrevistas, críticas literarias y textos de carácter didáctico sobre animación a la lectura. También trabaja como asesor de publicaciones infantiles y juveniles en una conocida editorial valenciana y es director de la Fundación Bromera para el Fomento de la Lectura.

Rellena tu ficha



El autor de *Un reloj muy especial* se llama

..... y es de

.....

Combina el trabajo de escritor con el de y también dirige las publicaciones infantiles y juveniles de una

Además escribe en distintas revistas de tipo

Su lengua natural es el

..... pero algunos de sus libros ya se han traducido al

.....

Su primer libro de poemas se titula *Naüfrags sens illa*, ¿Cuál sería el título en tu lengua?

.....



Un pueblo muy dulce

Dulcegolosina era un bonito pueblo situado justo en el centro de un valle boscoso y rico en árboles de las más variadas especies. Las distintas e infinitas tonalidades de los colores del arco iris brillaban por doquier y la luz del sol se asemejaba a menudo al tacto cálido de la caricia mágica de un hada.

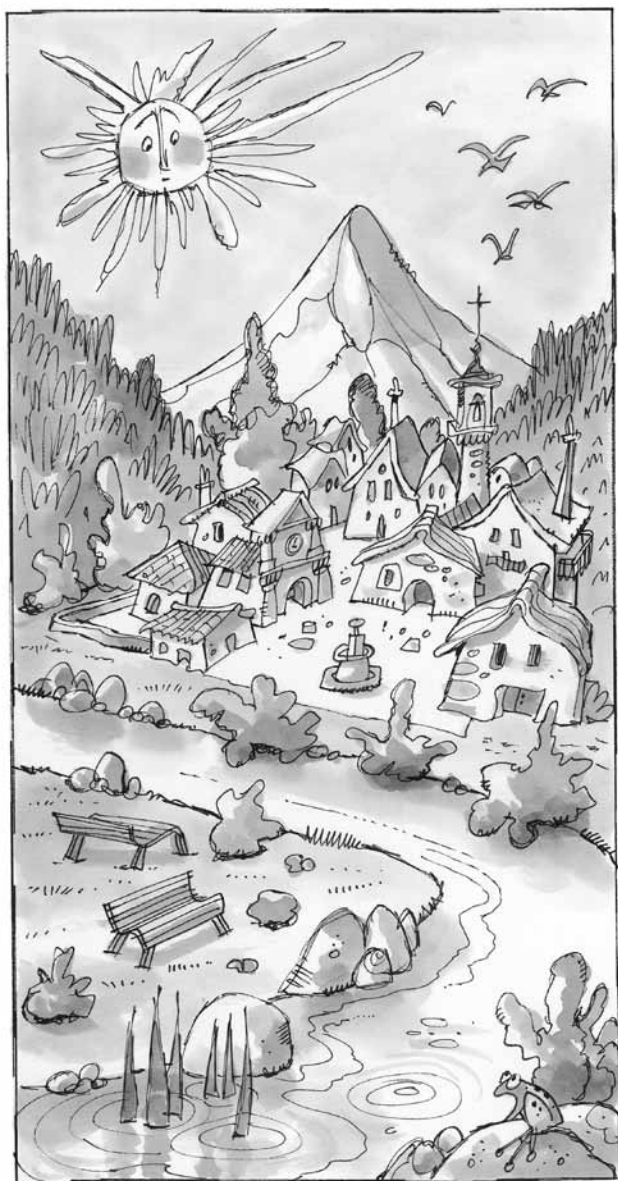
Incluso, de lejos y a simple vista, se veía que aquel paraje era distinto y que, seguramente, no había en la Tierra ningún otro con el que se le pudiera comparar.

—¡Qué maravilla! —exclamaban los comerciantes cuando divisaban, desde la cima de una de las montañas cercanas, el paisaje de aquella pequeña llanura.

Sin duda, viendo sus pequeñas casas pintadas de colores alegres, se imaginaban que la vida transcurría plácida y tranquila en aquella población.

Pero su trabajo les impedía detenerse, ya que la ruta de sus caravanas era otra y su negocio sólo podía ser próspero y rentable si acudían, con prontitud, a abastecer las grandes ciudades.

A pesar de ello, mientras les era posible no apartaban sus miradas y observaban con un cierto anhelo aquel poblado situado junto al lecho de un riachuelo cuyas aguas transmitían, desde la lejanía, la sensación de ser dulces como la caña de azúcar.



—¡Cómo me gustaría zambullirme!
—manifestaba siempre alguno de los comerciantes que viajaban en la expedición.

—Siempre que paso por aquí se me hace la boca agua —afirmaba otro cualquiera.

—¡Yo bebería hasta hartarme! —remataba con voz contundente el más joven.

Y todos sonreían con evidente tristeza, ya que nadie jamás se atrevía a hacer realidad sus deseos y abandonar, aunque sólo fuera por unas horas, el deber que su trabajo les imponía.

Por ello, sus palabras eran siempre una conjetura que se hubiera confirmado con un solo sorbo de aquellas aguas limpias pero espesas como el jarabe, ya que, de hecho, su composición la formaba una extraña y

desconocida mermelada dulce como caramelo.

En realidad, no sólo el río, sino también el pueblo, las casas y las calles, los árboles y los campos, incluso, las personas de aquel lugar eran una auténtica delicia. Por lo que todo, al menos en apariencia, hacía presagiar que aquella era una región donde se vivía, sin ninguna duda, muy feliz.

Pero, por desgracia, no era así, porque Dulcegolosina era un pueblo sin memoria. Sus habitantes la habían perdido y, como es lógico suponer, nadie sabía cómo, ni cuándo, ni por qué. Por eso, y en contradicción con el idílico aspecto externo, todo aquel fantástico mundo era un auténtico desbarajuste y una completa sinrazón.

Los papás no conocían a sus hijos y los hijos ignoraban quiénes eran

sus papás. Por todas partes había discusiones y peleas a cada instante: como todos se olvidaban de todo, nadie sabía a quién le pertenecía cada cosa.

Todas las noches, por ejemplo, se escuchaban gritos y sucedían las mismas disputas:

—¡Esta es mi casa!

—¡Estás muy equivocado, esta es la mía!

—¡Vete a dormir a otra cama!

—¡No tengo ganas!

Y día a día el pueblo empeoraba, tanto en su aspecto como en su convivencia, sobre todo porque sus habitantes se olvidaban de trabajar y los campos, con el paso del tiempo, se desmejoraban. La maleza se multiplicaba y ahogaba los frutos sabrosos de otras épocas.

Por eso mismo, la comida empezó a escasear, pero, por fortuna, hasta la fecha, nadie se había muerto de hambre. El pueblo era comestible y, al primer síntoma, los dulcegolosinos arrancaban cualquier trozo de aquello que estuviera más cercano y se lo comían para calmar el vacío de sus estómagos.

—¿Quién ha mordisqueado la pata de esta silla? ¡Casi me rompo el coxis al sentarme!

Y como era de esperar, esta especie de dieta inconsciente de los habitantes de Dulcegolosina ocasionaba muchos problemas.

—¡Por favor, deja de lamerme la nariz! ¡Me dejarás más chato que un gorila!

Las discusiones, poco a poco, se repetían con mayor frecuencia, tanto de día como de noche. ¡Nadie

se hallaba a salvo, ni podía gozar de tranquilidad! Si se descuidaba un segundo, podía despertarse de una siesta con una oreja de menos y, en consecuencia, todos sufrían de falta de sueño.

Además, las calles se llenaban de escombros y de malos olores, porque la basura, aunque fuera dulce, no dejaba de ser una cochinada.

Dulcegolosina, en definitiva, tenía un lamentable aspecto de abandono increíble.